

Estos dos advenimientos se diferencian: *primero*, por sus señales; *segundo*, por el aparato que rodea al juez, *tercero*, por la sentencia.

Primera parte. Señales... Señales terribles acompañarán el último advenimiento: el sol se eclipsará, la luna se apagará. Turbación, confusión, espanto en los hombres; la trompeta del ángel llamando á los muertos á juicio: *Erunt signa magna in sole et luna*, etc... Ah! cuán diferentes son las señales del primer advenimiento! Escuchád ahora al ángel, dirigiéndose á los pastores y anunciándoles este primer advenimiento: *Ecce annuntio vobis gaudium magnum... Hodie Salvator natus est vobis...* Pero, oh espíritus celestes!, decidnos las señales que le distinguen, y cómo podremos reconocerle. *Ecce vobis signum, invenietis puerum*, etc. Encontraréis á un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre, etc...

Segunda parte. Hé aquí, hermanos míos, no solo la señal que anuncia el primer advenimiento, sino también la pompa, con que Jesús se muestra en el día de su nacimiento. Penetrad en el pobre establo de Belén, ved ese pesebre en que hay apenas unas cuantas pajas, contemplad á ese amable Niño que os mira, que os sonríe, que ostiende sus brazos... ¡Es Él mismo!... Transportémonos en seguida al último advenimiento. Oh! qué diferencia: *Tunc apparebit Filius Hominis*, etc... En vez de paja, una luminosa nube le rodea; no es ya un niño, es el supremo Juez de los vivos y muertos, que desciende lleno de majestad y rodeado de todas las insignias de su poder, etc...

Tercera parte. Pero, ¡qué diferencia también en la sentencia, en el juicio, que va á pronunciar! Allí están ante Él todos los hombres, pálidos, temblorosos, espantados. Después de haber sonreído á los justos y pronunciado en su favor una sentencia de bendición, ¿véis cómo mira á los pecadores? Oh Dios mío! su sola mirada los aterra. Y ¿qué efecto va á producir en ellos esta sentencia: « Id, malditos, al fuego eterno, etc. ? » Y, sin embargo, oh supremo Juez, sois en verdad el mismo, que dentro de poco contemplaremos en Belén. Con cuánta más misericordia juzga-

réis ahora! No diréis á Herodes, aun cuando os persiga: « Véte, maldito, etc. » No diréis tampoco á vuestros enemigos y perseguidores: « Id, malditos... » Pero, oh Dios de clemencia, vuestro último advenimiento será tanto más terrible, cuanto en el primero habéis sido un Juez indulgente, un Dios lleno de misericordia!...

PERORACION. O hermanos míos, en estos días llenos de bondad y de amor, en estos días en que la misericordia nos invita á prosternarnos ante el Niño de Belén, *levate capita vestra*, levantemos nuestras cabezas, ó más bien, elevemos nuestros corazones al cielo; y llenémonos de una dulce confianza, « pues se aproxima el día de nuestra redención ». Hagamos todo lo que nos sea posible, para evitar que en nuestro Salvador encontremos ese Juez terrible, que nos representa el juicio final. Que sea para nosotros, por el contrario, hoy, mañana, toda nuestra vida, y sobre todo en aquel terrible día, un juez lleno de bondad; y merezcamos oír de su boca esta sentencia: « Venid, benditos de mi Padre, etc. »

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

(MAT., XI. 3-10.)

Expectación del Salvador, efectos que debe producir su nacimiento en los corazones bien preparados.

TEXTO. *Tu es qui venturus es, an alium expectamus?* Eres tú él que ha de venir; ó hemos de esperar á otro?

EXORDIO. Hermanos míos, leemos en el Evangelio del día de hoy, que san Juan, habiendo oído en la cárcel las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos á decirle: « Eres tú él que ha de venir, ó hemos de esperar á otro?... » Y Jesús les respondió, id y decid á Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos

andan, los leprosos son curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y á los pobres es anunciado el Evangelio ¹. Y bienaventurado él que no fuere escandalizado en mí. Volviéndose pues los mensajeros, comenzó Jesús á decir á las turbas, hablando de Juan: ¿Qué habéis salido á ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué habéis ido, pues, á ver? ¿Algun hombre vestido con molicie? Mirad: los que visten con delicadeza habitan en los palacios de los reyes. ¿Qué salisteis pues á ver? ¿Un profeta? Sí, y yo os digo que es aun más que un profeta; porque es aquel del cual está escrito: Hé aquí que yo envío delante de tí mi Ángel, que preparará tu camino delante de tí ² ».

San Juan Bautista estaba encarcelado por haber echado en cara del rey Herodes un crimen escandaloso. Sus discípulos todavía le habían permanecido fieles; pero, para instruirles é inducirles á seguir á Jesucristo, se apresura á enviarlos á Aquel, á quien poco ántes había saludado como el Cordero de Dios. Y considerad qué magnífico elogio hace el divino Salvador de su humildad. No es Juan un hombre débil y cobarde, cuando se trata del deber; no es una caña agitada por el viento. Oh! no, Herodes le ha encerrado en un calabozo, porque le afeaba su crimen; pero, ¿qué importa! Ese hombre firme y valiente morirá por la defensa de la virtud. ¿Es un hombre sensual, que busca las comodidades de la vida? De ningún modo: sus austeridades son conocidas. Es el justo predestinado, que los profetas nos muestran como el ángel precursor del Mesías.

PROPOSICIÓN. Me parece, hermanos míos, que no es sin designio el que la Iglesia nos proponga este relato evangélico en el santo tiempo del Adviento. Estas palabras: « ¿Eres tú el que ha de venir? » nos hacen ver la expectación del Mesías; y los milagros, que sirven de respuesta á nuestro divino Salvador, son la figura de gracias más excelentes aun que han de seguir á su venida: dos pensamientos, sobre los cuales llamaré vuestra atención en este discurso.

1. Isaias, xxxv. 5, lxi, 1. — 2. Matth. xi, 3-10.

DIVISION. Así, en primer lugar: expectación del Salvador; después, frutos que su venida produce en los corazones bien preparados; tales son los dos puntos de que me ocuparé en las reflexiones, que voy á hacer.

Primera parte. Expectación del Salvador. ¿No es verdad, hermanos míos, que la pregunta dirigida al Señor por los discípulos de San Juan Bautista parece á primera vista extraña y sorprendente? Necesita á mi modo de ver, para ser bien comprendida, algunas aclaraciones... En efecto, ¿qué vienen aquellos á decirle? ¿Cuáles son sus palabras? « ¿Eres tú el que ha de venir, ó hemos de esperar á otro? » Había, pues, alguien que había de venir, y que todo el mundo esperaba... De otro modo sería esta pregunta inexplicable é incomprensible... Si, hermanos míos, nuestro divino Salvador había sido anunciado mucho tiempo ántes y el universo entero le esperaba; se suspiraba por un Salvador, por un Libertador, que debía según las palabras de los profetas sacar á los hombres de las tinieblas de la idolatría y de la esclavitud de Satanás.

Un día, mas de quinientos años ántes del nacimiento del Salvador, en aquel tiempo en que se reedificaba el templo de Jerusalem, á los que se entristecían por verle tan pequeño y tan pobre, comparado con él de Salomon, el profeta Aggeo había dicho: « Consolaos, enjugad vuestras lágrimas; este templo será más honrado que el otro, cuya destrucción deploráis, pues en él entrará el Deseado de todas las gentes. » *Et veniet Desideratus cunctis gentibus* ¹. Anteriormente otro profeta le saludaba como á Padre de los siglos venideros y Príncipe de la paz ², y conjuraba al Altísimo á que enviara « al dulce Cordero, que debía dominar en la tierra. » *Emitte Agnum, dominatorem terræ* ³. Ya desde mucho tiempo ántes Jacob, anunciando que nacería de la tribu de Judá, hablale en cierto modo saludado con una mirada profética en su lecho de muerte ⁴.

Pero, ¿qué digo?... Desde los primeros días del mundo, en la

1. Hagg., ii, 5-8 y 10. — 2. Isaias, ix, 5. — 3. Isaias, xvi, 1.

4. Gen., xlix, 10.

hora funesta, en que el Criador arrojaba á nuestros primeros padres del Paraíso terrenal, el Señor, misericordioso hasta en medio de su justicia, no había querido dejarles para siempre sumidos en la desesperación y maldición. Hábiales anunciado, que un día nacería de una mujer Él que quebrantaría la cabeza de la serpiente¹. Preciosas palabras, germen bendito, que nuestros primeros padres habían conservado como una suprema esperanza y transmitido como un consuelo á sus desdichados descendientes. Por eso todos los pueblos estaban en la expectación. Los gentiles mismos suspiraban por la venida de no sé que niño, que debía traer sobre la tierra lo que llamaban el *siglo de oro*. En una palabra todas las naciones, inclinándose hácia el Oriente, escuchaban como un misterioso ruido, reproducido por sus tradiciones, el cual anunciaba al mundo algo de extraordinario².

Pues bien, hermanos míos, dentro de poco hará mil novecientos años, que el nacimiento de Jesucristo vino á cumplir aquella promesa. Pero á los ojos de la Iglesia, y para los corazones verdaderamente cristianos, esta expectativa no ha cesado ni debe cesar, porque la unión íntima, que debemos tener con este divino Salvador, no está aun realizada... En efecto, mirad como anualmente la Iglesia durante este santo tiempo nos reproduce esta misteriosa esperanza. Sus cánticos y sus súplicas, todas las palabras de sus oficios nos recuerdan los suspiros ardientes de los patriarcas y profetas. Dejad caer, o cielos, vuestro rocío, y que las nubes lluevan al justo. Ábrase la tierra y aparezca el Salvador. *Aperiatur terra et germinet Salvatorem*. O Dios, enviad al prometido. *Mitte quem missurus es...* » ¿ Porqué nos recuerda la Iglesia de un modo tan sensible y frecuente estas proféticas súplicas? Porqué?... Porque, hermanos míos, el mismo Jesucristo desea hacer su advenimiento á nuestras almas en el día de su nacimiento; pues cuanto más vivamente habremos deseado su venida, tanto más participaremos de las gracias numerosas que

1. Génesis, III, 15.

2. Conf., Caussette, el *Buen Sentido de la fé*, 1ª parte; y Lacordaire, Conf. De la *preexistencia de Jesucristo*.

este santo aniversario lleva consigo. Los santos no lo ignoraban, y por lo mismo se preparaban para la celebración de tan tierna festividad con largos ayunos, con limosnas abundantes y multiplicados ejercicios de piedad... ¿ Por qué motivo, o glorioso san Francisco de Asís, abandonabais á vuestros hermanos, desde los primeros días del Adviento, para retiraros á una colina desierta, y encerraos en una celda aislada?... O ¡ amados hermanos míos! qué austeros ayunos! qué arrobamientos de amor! que santos éxtasis! ¡ qué vida angélica pasaba el santo en esta profunda soledad!... Espera á su Jesús, llámale y se prepara á su venida!... Y también contempladle durante esa vigilia de Navidad, arrodillado cerca de un pesebre, en que descansa la imagen de Jesús naciente. ¡ Cómo el divino Niño le colma de sus más exquisitos favores!... A ejemplo suyo, y como todas las almas piadosas, suspirémos también por la venida del divino Niño, y preparémonos cuanto podamos á su santo nacimiento.

Segunda parte. Examinemos ahora la respuesta, que nuestro Señor dirige á los dos discípulos de san Juan Bautista, las señales, con que anuncia su venida y encontraremos en ellas la imagen de los frutos, que su espiritual advenimiento ha de producir en las almas!... Y desde luego ¿ quién no admirará la bondad y la condescendencia de este adorable Salvador? Muchas veces los fariseos orgullosos le han pedido milagros, como un espectáculo curioso, de que deseaban ser testigos²; después sus parientes, sus conciudadanos insisten para que venga á hacer algunos en Nazaret, y que se manifieste entre los suyos³; Él rehusa satisfacer el orgullo de los unos, como se había negado á complacer la vana curiosidad de los otros. Pero, para instruir á estos dos discípulos é iluminar su fé, hé aquí que, sin que le expresen sus deseos, multiplica los milagros: tierno, notable ejemplo de esas luces, de esas gracias especiales que rehusa á los soberbios y sólomente concede á las almas sencillas y rectas.

1. V. S. Buenaventura, *Leyenda de S. Francisco*, cap. x, hácia el fin, y la vida de este Santo. — 2. Mat., XII, 38. — 3. Juan, VII, 4.

Pero, hermanos míos, ya no se trata aquí de los ángeles anunciando á los pastores las señales, por las que han de reconocer al Salvador, que acaba de nacer; no, es Jesucristo mismo en todo el esplendor de su pública misión, revelando con resplandecientes milagros su divino poder sobre la naturaleza, sobre las enfermedades y sobre la muerte misma... Me habeis preguntado si era el que ha de venir, ó si debeis esperar á otro; pues bien, les contestó: *Id y decid á Juan lo que habeis oido y visto*: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son curados, los muertos resucitan, y á los pobres es anunciado el Evangelio. Con tales milagros nuestro Salvador quería probar que era Dios y manifestar su divinidad, a fin de que cualquiera que quisiese abrir los ojos y servirse de su razón no pudiese negarla ni ponerla en duda.

Todavía no dejaremos pasar, sin admirarla, la última prueba que nos dá de su divinidad: vosotros sobre todo, hermanos míos, que sois pobres, que vivís penosamente con vuestro trabajo, y que sin la venida de este buen Salvador, estaríais quizás reducidos á la triste condición de esclavos paganos... ¿cuál es, pues, esta prueba que cita en último lugar, como la más fuerte y la más convincente? ¿La habeis comprendido bien?... ¿La habeis solamente notado?... ¿Es la resurrección de los muertos? No; es ésta: *y á los pobres es anunciado el Evangelio*. Hasta que Él vino se había tomado poco interés por los pobres y humildes; y hoy, á pesar de los discursos, que se pronuncian en favor del obrero, á pesar de tanto interés como hipócritamente se finge por aliviar las miserias de la clase proletaria, bien sabéis, hermanos míos, que fuera de nuestra santa religión, nadie ama á los pobres, ni procura aliviar su indigencia y su suerte, como lo hace la iglesia de Jesucristo...

En cuanto á Él, no solo há querido nacer y vivir pobre, sino que, como sabeis, ha dado á los pobres la más hermosa parte en su Evangelio, y este signo es, en verdad, el más sorprendente de su misión divina.

Hé aquí, hermanos míos, con que indicios nuestro Señor mostraba á los discípulos de san Juan, que era el verdadero Li-

bertador prometido, el Mesías esperado de las naciones. Veamos en pocas palabras, como estos milagros no son mas que el símbolo de las gracias, ó mejor dicho, de los prodigios que su espiritual advenimiento produce en los corazones... Las enfermedades del cuerpo son la imágen de aquellas, que con demasiada frecuencia asaltan á nuestras almas. ¿No es una ceguera del espíritu esa impiedad, que, principalmente en nuestros días, tiende á dilatarse?

Qué pensáis de ese hombre que ha sacudido el yugo de la fé, que se burla de las verdades de nuestra religión, que las niega y que, no creyendo ni en el cielo, ni en el infierno, vive como una bestia?... ¿No es un ciego que nada vé, y que nada comprende de las cosas de esta vida, que cumplimos acá en la tierra. Anda, por decirlo así, á tientas, sin rumbo fijo, apoyado ya en sus riquezas terrenas, ya en el necio orgullo de su espíritu: frágiles apoyos, débiles sostenes, que se quiebran al borde de la fosa, en la cual es abandonado, para caer en las manos del Dios vivo, que ha de juzgarle.

Y aquellos, hermanos míos, que durante mucho tiempo permanecen en una funesta indiferencia, retardando su conversión; ¿no son unos sordos?... Qué! No han sacado ningun provecho de tantas instrucciones y de tantas advertencias? En estos días, quizás ayer, se hallaban presentes al duelo y acompañaban ellos mismos á la sepultura á un pariente querido, á un amigo entrañable!... Y sin embargo; ¡no han comprendido, no han oido!; sordera tanto más peligrosa, cuanto es mas voluntaria... Y no obstante, me complazco en reconocerlo, muchos de vosotros no sois ni inpiós, ni indiferentes. Pero, hermanos carísimos ¡cuántas volundades enfermas, que necesitan remedio!... ¡Cuántas buenas resoluciones tomamos durante nuestra vida! Hoy amamos el bien, mañana nos entregaremos al mal. Vigila uno sobre sí mismo durante algunas días, hace el propósito de comulgar, pero una vez recibido el divino sacramento, abandona esta vigilancia; y sin reordimiento, recae en las mismas faltas, se entrega á las mismas pasiones!... ¡O Jesús mío, ¡cuán frecuente es esta incons-

tancia y cuántos débiles necesitan de vuestro auxilio ; ¿ Hablaré de la resurrección de los muertos ? Ah ! hermanos míos, si hay entre nosotros alguno, que se encuentre en pecado mortal, que haya tenido la desdicha de perder la vida de la gracia, hé aquí el momento favorable ; que se apresure á recurrir al médico poderoso, que sólo puede sanarnos de enfermedades mortales y restablecer en nosotros esta vida de la gracia, que hemos perdido. Lo que su poder hace con respecto á las enfermedades del cuerpo, lo realiza su gracia con respecto á las enfermedades del alma... Qué digo ? éstas las curará él de una manera mucho más infalible, pues busca principalmente nuestras almas ; éllas son las que quiere rescatar y á éllas quiere sanar...

PERORACIÓN. Así pues, hermanos míos, sea cual fuere la enfermedad, que vuestras almas padezcan, él que ya ha venido sobre la tierra y que debe venir espiritualmente á nuestros corazones en el día de su nacimiento, puede curarlas y restituirles la salud.

Ciegos, sordos, cojos, leprosos, enfermos de todas clases acudid junto á su cuna ; allí pueden los muertos mismos resucitar... Para realizar estas maravillas, únicamente exige de nosotros una cosa : nuestra buena voluntad, porque ésta es necesaria é indispensable... Leemos frecuentemente en el Evangelio, que Él, que conoce el fondo de los corazones, solía preguntar antes á los enfermos que quería sanar, dándonos con esto á entender cuán necesaria es esta voluntad. « ¿ Qué quieres de mí ? » dijo á un ciego. — Señor, haced que vea ¹, y al instante el ciego recibió la vista. Un enfermo le persigue con sus ruegos diciéndole : « Señor, si queréis, podéis sanarme. Ápenas ese ardiente deseo se manifiesta, cuando queda cumplido : « quiérola, sé curado ², » le contesta Jesucristo. Llevemos también á su cuna esta disposición necesaria. O dulce Salvador, dignaos engendrar en nosotros esta buena voluntad, os lo suplicamos ardientemente, puesto que por nosotros mismos no podemos conseguirla. Sí, ó Jesús mío ! Vos sois Él que ha de venir, y no hemos de esperar á otro. Estamos ciegos, venid á

1. Luc, XVIII, 41. — 2. Mat., VIII, y Marc, I, 40 y 41.

iluminarnos ; nuestros pasos van inciertos y vacilantes, venid á afianzarlos ; nos cubre la lepra del pecado, dignaos librarnos de élla ; hemos sido sordos á vuestra voz, haced que nuestros oídos os escuchen ; sacadnos de la tumba en que nos han sepultado nuestras iniquidades ; en fin, somos pobres y desamparados, venid á instruirnos y consolarnos. Que estos sean, o Dios mío, los frutos de vuestro advenimiento á nuestras almas ¹... Así sea.

PLAN DETALLADO

DE UNA SEGUNDA HOMILIA PARA EL SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

Elogio que hace Nuestro Señor de San Juan Bautista.

TEXTO. — *Cœpit Jesus dicere ad turbas de Joanne : Quid existis in desertum videre ?* Jesús comenzó á hablar de Juan, y dijo al pueblo : Qué habéis ido á ver en el desierto ? (San Mat., cap. XI, vers. 7.)

EXORDIO. — Hermanos míos, habiendo sido San Juan Bautista el precursor de nuestro divino Salvador, muchas veces nos ocupamos de él en este santo tiempo de Adviento. Nos habla ya del mismo el Evangelio de este día (Relación del Evangelio). — Admiramos la bondad de Jesucristo con respecto á estos discípulos, que San Juan le había enviado...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Vamos á hablaros del elogio, que N. S. Jesucristo hace de San Juan Bautista : 1º No es el santo una caña agitada por el viento ; 2º No es un hombre, que vista trajes delicados y ande buscando las comodidades de la vida ; 3º Es el hombre fiel en el cumplimiento de su misión, de quien se ha dicho : *Ecce ego mitto angelum meum ante*, etc...

Primera parte. No es Juan una caña agitada por el viento, es

1. Confer. dom. Guéranger, *Tiempo de Adviento*.

decir, un hombre sin firmeza, sin consistencia, una alma sin vigor y sin energía, sacrificando su deber á humanas consideraciones.... Ciertamente, el Evangelio de este día nos lo demuestra de la manera más evidente... Del fondo de un calabozo envía á sus discípulos al encuentro del Salvador. Pero ¿ y porqué está encarcelado ? Qué ha hecho ? Porqué Herodes, que le ama, que le estima, le ha cargado de cadenas ? Relataré brevemente la causa de la encarcelación del santo precursor. No era un hombre débil, que en frente del tirano se acobardara, sino que decía : esto note es permitido... ? *Non licet etc...*

Segunda parte. Non mollibus vestitum. No busca Juan las comodidades de la vida. En efecto, si las hubiese preferido al cumplimiento del deber, no estaría en ese calabozo... — Su retiro en el desierto, su vida austera... Su vestido reducido á una piel de camello... esta severa voz resonando en la soledad y predicando la penitencia : *Pœnitentiam agite* ; este hombre imponiéndose las más duras privaciones, todo esto justifica el elogio, que hace de él nuestro Salvador : *non mollibus vestitum.*

Tercera parte. Se ha dicho de él : « Hé aquí que yo envío delante de tí mi ángel, el cual te preparará el camino. » Después de repetir muchas veces : *Parate viam Domini, rectas facite semitas ejus* ; » después de anunciar que él no era Cristo, devolviendo estos homenajes á Aquel que era mayor que él, y de quien decía : no soy digno de desatar la correa de sus zapatos ; nos da hoy con eso una prueba de su humildad, al enviar á Jesús Cristo, para que los iluminase, á los discípulos, que le eran quizás los más afectos. !... Es como la aurora, que recibe su luz del sol y que desaparece cuando brilla este astro, etc...

PERORACION. — ¡ Cuán agradable es, hermanos míos, el merecer las alabanzas del mismo Jesucristo ! Y ved ahora lo que principalmente nuestro Señor alaba en la persona de san Juan : es la fidelidad en el cumplimiento de su misión y deber... Pues bien, todos tenemos aquí en la tierra una misión especial y deberes particulares, que cumplir... Parientes, teneis... Madres, debéis... Esposas... Amos... criados... etc. Cumplamos nosotros también

nuestros deberes, á fin de que merezcamos no solo el elogio, sino además la recompensa prometida...

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

(JUAN I. 19-28.)

Humildad de San Juan Bautista ; necesidad de esta virtud para conocer á Jesucristo y preparar bien nuestros corazones á su advenimiento.

TEXTO. *Tu quis es ? Et confessus est, et non negavit... Quia non sum ego Christus.* ¿ Quién eres tú ? Y él confesó y no negó, sino que declaró : No soy yo el Cristo.

EXORDIO. Hermanos míos, el Evangelio del presente día nos relata, que los Judíos enviaron desde Jerusalem Sacerdotes y Levitas á Juan, para que le preguntasen : ¿ Quién eres tú ? Y él confesó, y no negó, sino que declaró : No soy yo el Cristo. Y ellos le preguntaron : ¿ Pues bien, eres tú Elías ? Y contestó : No lo soy. ¿ Eres tú Profeta ? y respondió : No. Dijéronle : ¿ Pues quién eres, para que podamos dar alguna respuesta á aquellos que nos envían ? Qué es lo que dices respecto de tí ? Yo soy, respondió, la voz del que clama en el desierto : Enderezad los caminos del Señor, como dijo el Profeta Isaías. Los enviados eran de la secta de los Fariseos. Y le preguntaron : Cómo, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni Profeta ? Contestóles Juan diciendo : Yo bautizo con agua ; pero entre vosotros hay uno, á quien no conocéis : ese es el que ha de venir después de mí, y existe antes que yo, y no soy digno de desatarle la correa de sus zapatos. Esto aconteció en Bethania, al otro lado del Jordan, en donde estaba Juan bautizando.

No necesito deciros que hay dos santos con el nombre de Juan,